

las políticas sociales en otros Estados-nación latinoamericanos. La única observación general es que en algunos momentos en las apreciaciones que presenta la autora sobre las realizaciones de la Dirección de Beneficencia Pública de la ciudad de México y de sus dos instituciones de protección, faltó compararlas con políticas, realizaciones y logros de otros países latinoamericanos, e incluso europeos, en la asistencia social para lograr hacer un balance más matizado y acordes al contexto histórico de la asistencia social mexicana de finales del siglo XIX y principios del XX.

Beatriz Castro Carvajal  
*Universidad del Valle*  
*Cali, Colombia*

ALFREDO PURECO ORNELAS, *Empresarios lombardos en Michoacán. La familia Cusi entre el porfiriato y la Revolución (1884-1938)*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2010, 432 pp. ISBN 9786077764380

Este libro de Alfredo Pureco, en el que glosa las peripecias en el mundo de los negocios de la familia Cusi, desde su llegada a México en 1884 hasta la incautación de su fortuna en 1938, es, en mi criterio, el mejor logro y exponente del enorme desarrollo que ha experimentado en los últimos años la historia de la empresa como disciplina en este país. A tal condición concurren su metodología modelo, la riqueza de sus fuentes y lo convincente de su discurso, con el mérito añadido de que trata de una empresa agraria, las más complejas de estudiar por sus relaciones tan singulares con el medio natural, al punto que este trabajo es completamente excepcional en la historiografía latinoamericana.

Esta singularidad sustenta la tesis que vertebra la obra: se trata de demostrar que los Cusi explotaron sus unidades de producción como una empresa capitalista y no como una hacienda tradicional decimonónica (p. 20). Para probar tal aserto Pureco combina en su análisis un empirismo propio casi obsesivo, en sus propias palabras, de “los cánones ortodoxos del oficio de historiador”, con el evolucionismo confeso, combinado con el neoinstitucionalismo, todo ello sazonado con una influencia intelectual (en mi opinión excesiva) de Sombart. El autor estudia la actitud ante el mercado y la naturaleza empresarial de la explotación de sus negocios, alternando el análisis de cada uno de las componentes de la función de producción con el análisis cronológico, lo que inevitablemente hace que se produzca alguna reiteración. Prima, no obstante, este último en su discurso, de manera que Alfredo Pureco reconstruye la historia económica de la Tierra Caliente michoacana a partir de los comienzos del porfiriato y hasta los del mandato del presidente Lázaro Cárdenas desde el caleidoscopio de las empresas de estos empresarios lombardos.

Los Cusi fungieron como fabricantes de tejidos en la ciudad de México, de electricidad en Campeche, de aceite y azúcar en Michoacán y como mineros en este último estado, entre otras actividades. Pero su actividad prioritaria fue la explotación de dos fincas arroceras de enormes dimensiones llamadas Lombardía y Nueva Italia, las cuales se unían por un ferrocarril construido por la propia familia. Seguramente esta apreciación no viene a cuento, pero, con arreglo a la testamentaría de la viuda del patriarca Dante Cusi, la familia también poseía una hacienda en Guanajuato de dimensiones no menores, La Teresa, sobre la que nada se dice (p. 315). Es probable que tal propiedad no merezca la condena al olvido y el autor pueda brindarnos en el futuro un ejercicio comparativo sobre las grandes propiedades en uno y otro estado.

En el primer capítulo Alfredo Pureco examina el entorno geográfico, ejercicio ya casi preceptivo en la historiografía económica

mexicana. Mucho más valioso, por lo sistemático, es el estudio que le sigue sobre las políticas colonizadoras porfirianas, en particular las materializadas en el estado de Michoacán.

En el capítulo II, Alfredo Pureco relata la azarosa llegada de Dante Cusi a Apatzingán, en Michoacán, tras sendos intentos fallidos de establecerse primero en Nueva Orleans y luego en Texas. El empresario lombardo se había formado en medicina en las aulas universitarias (aunque dejó los estudios a medias) y en el giro mercantil en el escritorio de los negocios familiares.

El tercer capítulo se dedica a los años pioneros, primero en sociedad con otros italianos, bajo las razones sociales de Agnelli, Strazza y Cía. (1885) y Cusi y Brioschi (1887), para concluir en la independencia plena de la familia en 1900. Se detalla el proceso de conformación de su patrimonio rústico, materializado en la creación de la primera gran finca arrocera, Lombardía, de la que se ocupa en el cuarto capítulo, junto con el relato de la puesta en cultivo de una segunda línea: Nueva Italia. Ambas explotaciones estaban dedicadas a la producción extensiva de arroz, a cuyo estudio dedica el autor el capítulo V. En él se ofrecen cifras estimativas de la evolución de la producción y de la productividad en los terrenos de la empresa, comparados con las computadas en el resto del estado y del país. He de llamar la atención en torno a la valía de los cálculos del autor sobre la productividad atendiendo al tamaño de la explotación y otros ejercicios de cuantificación aproximativos de la rentabilidad, en particular meritorios. En el siguiente capítulo Alfredo Pureco se detiene, de manera muy detallada, en las fabulosas obras de irrigación, la titánica lucha por el agua que sostuvo la familia desde su asentamiento en Michoacán, las cuales se concretaron en obras de infraestructura hidráulica modélicas.

Los capítulos VI y VII, los más densos, soportan la mayor carga interpretativa del trabajo de Alfredo Pureco. En ellos estudia, tal y como advierte en la introducción, las condiciones de explotación de Lombardía y Nueva Italia desde la perspectiva

microeconómica y de la economía de la empresa, para alejarse de los estudios convencionales de las haciendas mexicanas. Porque ni los Cusi fueron empresarios comunes, ni las condiciones de beneficio de su patrimonio las imperantes en el país. La empresa integró de manera vertical la transformación industrial del arroz, contó con su propio ferrocarril para facilitar la comercialización del producto, estableció una ordenación de las relaciones laborales alejadas de las anacrónicas peonadas para basarse en la contratación salarial, entre otras innovaciones. Al tiempo, adoptó unas pautas gerenciales que supieron compatibilizar la naturaleza patriarcal de la empresa –dirigida desde un palacete en La Condesa– con los requerimientos de una firma de estas características, y que cambió de empresa familiar a sociedad anónima cuando las necesidades de capital así lo requirieron, en 1912.

Tras estos dos capítulos, el autor abandona el análisis del armazón empresarial de los negocios de los Cusi, para reanudar su relato en la Revolución, convulsa, como no podía ser de otra manera en Michoacán, pero, al decir de Pureco en las conclusiones, no tan lesiva para la familia como cabría pensar. Y ello a pesar de la beligerancia de los gobiernos estatal y federal con algunas de las prerrogativas de que gozaba la empresa.

Todavía más atractivo resulta el capítulo X, en el que estudia el nacimiento del movimiento sindical previo a la incautación de las fincas en 1938. Estas páginas le ofrecen al lector lego la apasionante realidad de la movilización campesina justamente en la patria chica de Lázaro Cárdenas y las respuestas empresariales que estimuló. Nada menos. Y conste que estamos hablando de una plantilla de 3 000 personas, cuyo descontento llevó a los Cusi a organizar un sindicato afín, lo que no evitó el derramamiento de sangre. Incluso un miembro del Parlamento fue asesinado.

Obviamente Nueva Italia y Lombardía, por su extensión, superior a las 30 000ha (a decir verdad, el autor sólo las cifra en

la p. 159 en una de esas gráficas tan vistosas como inútiles y confusas que deberían quedar de una vez prohibidas) y su ubicación, se convirtieron para Lázaro Cárdenas en una cuestión de Estado, resuelta finalmente en 1938 al convertirla en cooperativa, hecho que coincidió con la muerte del primogénito de Dante Cusi de un infarto. Un final de novela.

Justo aquí (no en el inopinado deceso, sino en los aspectos narrativos) radica uno de los méritos que confieren al trabajo el carácter excepcional. La monografía está impecablemente escrita. El autor sabe que el español es un instrumento esencial en la exposición de sus tesis, y lo mima, juega con él. Al ser un estudio que trata de hechos fechados en el XIX y principios del XX, y Alfredo Pureco una persona leída, no podían faltar guiños a Flaubert, Balzac, Mann (no explicitado), sólo empañados por su empeño en recordarnos una y otra vez su pasión por Sombart (por fortuna, siendo los Cusi latinos, Weber no debe de agrardarle tanto).

En segundo término su trabajo es metodológicamente intachable. A pesar de que el autor es un economista preso de la pasión del converso, lo que hace que, de cuando en cuando, dé rienda suelta al empirismo compulsivo, y que no pueda renunciar del todo a la escuela de los *Annales* (¡hasta ahí podíamos llegar!), a la que rinde tributo en el capítulo I, construye su argumentación en los postulados, como señalaba, evolutivos y neoinstitucionalistas, amparado en un análisis microeconómico simple, pero ejemplar. Sus inquietudes se centran, sin dispersión ni confusión, en la movilización de los recursos naturales, tecnológicos, financieros y humanos, así como en las capacidades organizativas de la familia.

Alfredo Pureco ha construido la historia empresarial sin disponer del archivo de la compañía. Y, lo que es todavía más meritorio, se queja de ello sólo en una ocasión (p. 320). Su ausencia le ha obligado a bucear en fondos procelosos (los protocolos notariales) y otros muy poco empleados hasta la fecha, particularmente los expedientes generados por la petición de financiación

a la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura.

Alfredo Pureco recupera para la historia empresarial de México el nombre de los Cusi. Pero junto con ellos vienen los de otros oligarcas locales cuyo conocimiento es imprescindible para el conocimiento, no ya de la realidad michoacana, sino de la institucional y económica de un Estado, el mexicano, en construcción, en manos de oligarcas locales, sátrapas de medio pelo, caudillos de provincias o gobernadores más o menos cercanos al positivismo porfiriano. El autor eleva, seguramente sin percatarse de ello, pero con todo merecimiento, a uno de ellos a los altares historiográficos: el gobernador Aristeo Mercado.

Los Cusi construyeron su emporio no sólo mediante el compadreo con las autoridades michoacanas, sino tejiendo redes de solidaridad y sociabilidad con miembros de la minoría italiana y otros extranjeros. Ello les permitió, desde recibir el primer empujón financiero hasta contactar a Porfirio Díaz mediante Íñigo Noriega. Pureco describe cómo se articularon esta comunidad de intereses y estas economías de enclave convincentemente, huyendo de las tautologías al uso.

Pocas objeciones se pueden hacer a un trabajo ejemplar, a las que el autor haría muy bien en hacer caso omiso, y cuyo único propósito es arrancar a Alfredo Pureco nuevos esfuerzos analíticos en la trayectoria de los Cusi.

Creo, en este sentido, que los aspectos institucionales a los que atribuye tanta importancia merecerían un capítulo específico. Me refiero a los derechos de propiedad sobre la tierra y el agua. En cuanto a los primeros, a cómo pudieron convertir los Cusi posesiones con titularidad difusa, sólo en parte aclarada en 1859, en titularidades plenas, se refiere el autor de soslayo. Urge analizarlo con detalle. Pero resulta todavía más perentorio reagrupar en un solo texto todos los conflictos generados por los cambios en la titularidad de las aguas desde la llegada de los Cusi a Michoacán

hasta la Revolución. Porque este es un argumento en su tesis tan recurrente como disperso.

Entiendo que el tratamiento del papel de los extranjeros en la modernización económica de México, a cuyo conocimiento este libro contribuye de forma más que notable, requiere un esfuerzo de teorización mayor y una reordenación (aquí también) de contenidos. Por simplificar, las inversiones extranjeras en América Latina se pueden clasificar en dos: las que fueron resultado de *a*) movimientos de capitales (en ferrocarriles o minería) y *b*) movimientos de personas. Las de los Cusi corresponden al segundo caso. Estrictamente no son inversiones extranjeras en términos de contabilidad nacional, en tanto que realizadas por residentes y resultado del empleo del ahorro generado en México y del dinero prestado (incluso por entidades públicas) en la nación. Eran extranjeros, si acaso, y hasta que dejaron de serlo, los sujetos, no el capital. Dicho esto, no me parece acertada la argumentación sobre las razones que llevaron al gobierno de Porfirio Díaz a contar con personas foráneas (no sólo con capitales) como agentes de desarrollo. Fruto de un exceso sombartiano y costumbrista poco afortunado (estoy convencido de que el autor lo asume), Alfredo Pureco afirma: "A [Porfirio] Díaz le fascinaba lo extranjero, sobre todo lo europeo, pues invertía a la élite de glamour y cultura" (p. 195). ¿Qué encanto podían aportar Cusi y su parentela recién llegados de Texas sin un peso y obligados a malvivir en un rancho de Apatzingán? Por no mencionar a la discutible aportación de los jornaleros asturianos y cántabros venidos a millares, cuya incuria no se ha cansado de enfatizar un sector de la historiografía. Sugiero que el autor medite sobre el particular, partiendo de la base de lo dicho en el capítulo I, desprovisto de lastre afrancesado, del marco geográfico, en torno a las políticas colonizadoras. ¿Qué consideración tuvieron los extranjeros llegados con lo puesto, sin el soporte de una transnacional, en las estrategias de crecimiento y en el positivismo

institucional del porfiriato? toca que el autor dé respuesta a esta pregunta desde la óptica de los Cusi.

Mi última objeción tiene que ver con la productividad. Según los cálculos del autor, las explotaciones de los Cusi no fueron eficientes. Tanto es así que la productividad de la tierra, en el mejor de los casos, no llegó a la mitad de la computada en España (que, huelga decir, no es el mejor referente para comparaciones de esta índole). El autor lo sabe y lo afirma de manera concluyente: “Ninguna de las dos firmas [Nueva Italia y Lombardía] estaba con las condiciones como para efectuar con éxito su cultivo” (p. 195). Es más, detecta rendimientos decrecientes en vísperas de la incautación (p. 320). Incluso devela el nacimiento de competidores en Sonora y Morelos. Finalmente, y para despejar todas las dudas, Pureco reconoce la baja productividad en la transformación del arroz (p. 236).

Así pues, resulta obvio que en la elección de recursos, en su estrategia por la maximización del beneficio, los Cusi optaron por el incremento de la superficie cultivada y por invertir en su irrigación, en detrimento de la inversión en tecnología, fertilizantes o selección de semillas. Esta afirmación no es más que una mera conjetura, en tanto que el autor no la desarrolla. Y no lo hace porque no puede: los fondos de patentes, que le habrían permitido estudiarlo, han sido destruidos en México. En su lugar, ha tenido que describir el cambio técnico a través del contenido de una revista estadounidense (*La Hacienda*), con el sesgo que ello comporta.

¿Cómo pudieron sobrevivir dos explotaciones ineficientes, e incluso rendir beneficios más que estimables a la familia, a pesar de los enormes costos de transporte? Sin duda, merced a la protección arancelaria, aspecto al que el autor no dedica una sola palabra. Es preceptivo que lo haga, que estudie la tributación a que estaba sujeta la importación de arroz y cuantifique la entrada en el país de esta mercancía porque, de lo contrario, no se entiende del todo la elección de factores y la orientación productiva de las empresas de los Cusi.

Pero de ninguna manera estas aseveraciones pueden desmerecer, insisto, los méritos de un trabajo modélico en todos los aspectos, que ha de ser incluido entre las mejores monografías de historia de la empresa en México y que brinda un estudio sobre la iniciativa de los extranjeros en este país, inédito por lo riguroso, lo metódico, el sustento documental y su alejamiento de apriorismos y de dogmas historiográficos añejos.

Javier Moreno Lázaro  
*Universidad de Valladolid*

ALEXANDRA PITA GONZÁLES y CARLOS MARICHAL (coords.), *Pensar el antimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México, El Colegio de México, 2012, 352 pp. ISBN 978-607-462-325-3

Este libro tiene la virtud de ofrecer diferentes entradas relacionadas con formulaciones teóricas y metodológicas propias de la historia intelectual, a partir del análisis de un problema central, la literatura antimperialista producida por intelectuales latinoamericanos durante el primer tercio del siglo xx. A continuación presento algunas de estas entradas, en torno de las cuales intento recoger los temas centrales que se analizan en este libro colectivo.

### *1. Texto y contexto*

Uno de los nexos fundamentales que permite establecer la mutua relación existente entre el texto y el contexto es preguntarse por los espacios de enunciación de las ideas. Me parece que entre los